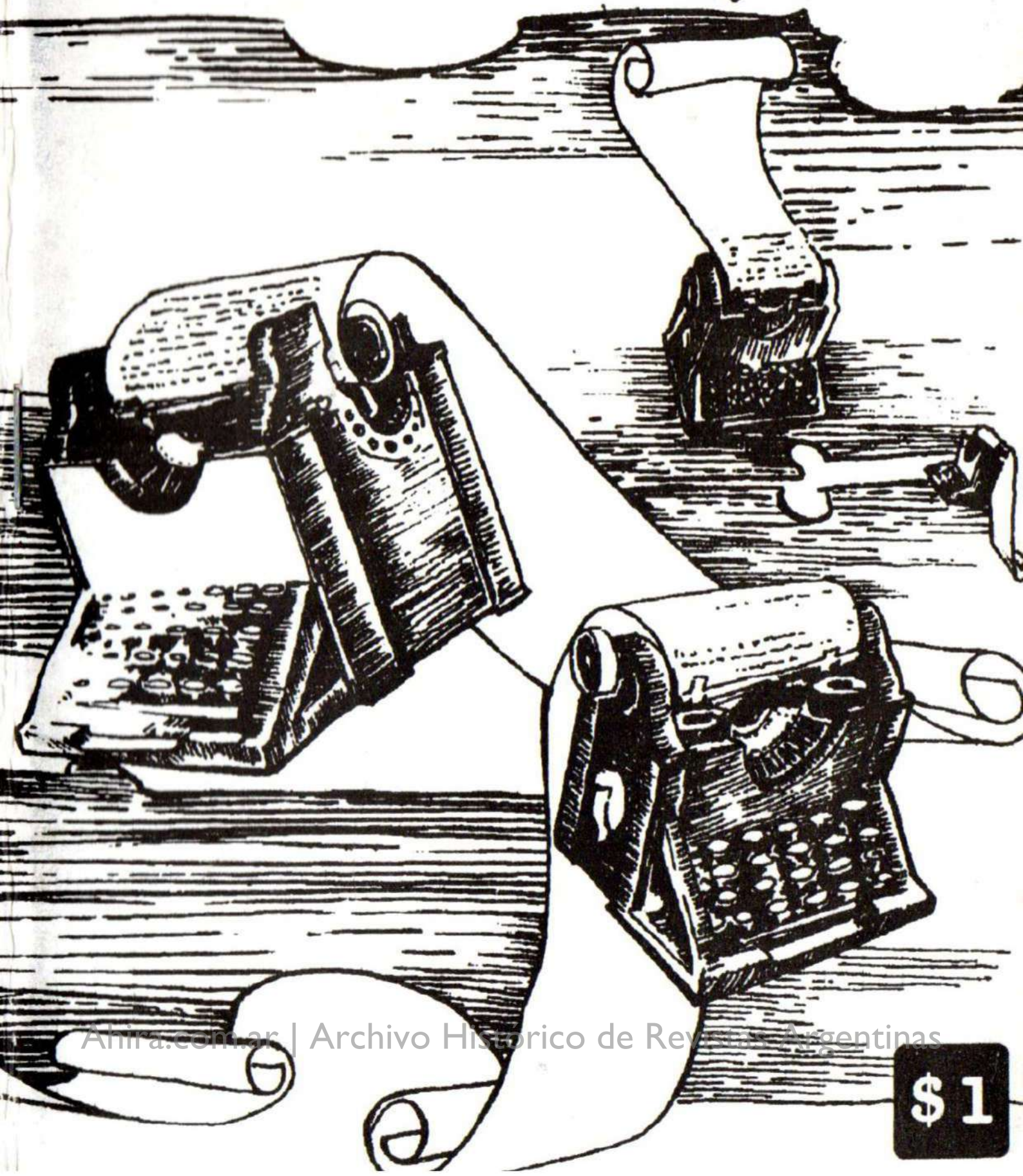


Publicación
algorítmica
de narrativa
y poesía

Viajeros de la **UnderWood**

Revista de
narrativa y poesía

Año 3/ N° 11
Marzo
2000
Rosario



INGRESOS
Politécnico
Sup. de Comercio
y otros.

- ☆ **MATEMÁTICA**
- ☆ **FÍSICA**
- ☆ **QUÍMICA**
- ☆ **EGB Y TERCARIOS**

INSTITUTO DE
ENSEÑANZA
25 de Diciembre 1277 Dto. 2
Tel: 155-419428

TALLER DE DIBUJO
E HISTORIETA

de Esteban Tolj

APRENDE A
DIBUJAR O
PERFECCIONATE

Córdoba 951
TEL. 438-1897

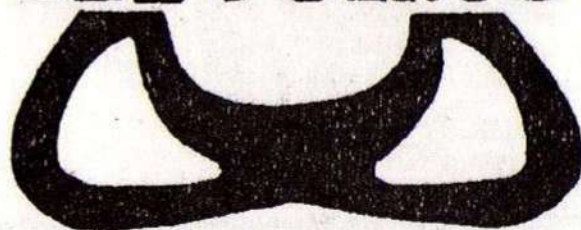
MultiCopias
I M P R E N T A

Impresiones Offset
Duplicaciones
Librería
Fotocopias
Servicio de FAX
Plastificados
Encuadernaciones
Espiralados
Anillados
Procesado de Master y Chapas
Tarjetería

Entre Ríos 565
Tel/Fax: 425-5888
2000 Rosario

E-mail: multico@arnet.com.ar

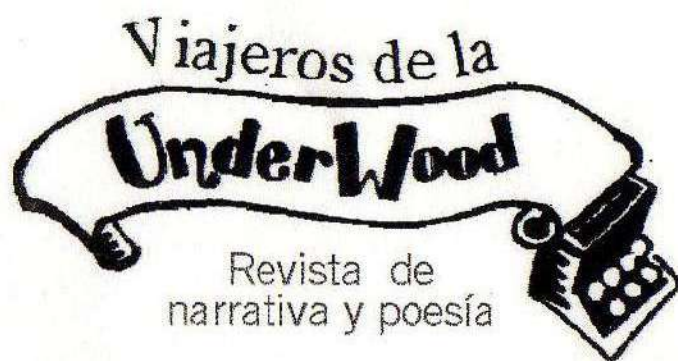
LIBRERÍA
DEL PUERTO



Compra y Venta
de libros nuevos y usados

Sargento Cabral 74
(frente a la aduana)

Tel: 424 6616
elisakov@cablenet.com.ar



Año 3 - N° 11 - Rosario 03/00

EDITORES: Mercedes Gómez, Diego G. Martínez. **/COLABORADORES:** P. Roldán, A. Suárez, H. de Zuasnábar, G. Cosolito, P. Suárez, M. Ferro, M. Twain, G. Alcañiz, J. Imbert. **/DISEÑO:** Diego G. Martínez. **/ILUSTRADORES:** J. Hernández, E. Tolj, C. Andrioli. **/VENTAS:** Cecilia "Pitu" Di Paolo. **/CORREO:** Ma. Paula Alzugaray. **/EVENTOS:** Marcelo Valenti. **/REDACCION:** J.M. de Rosas 929, 10° "C", tel (0341) 448-8864 - Rosario, Argentina **/E-MAIL:** vdlu@hotmail.com **/DIRECTOR Y PROPIETARIO:** Pablo J. Solomonoff.

ACLARACION DE LOS EDITORES La editorial no comparte necesariamente las opiniones

de los autores que publica. Se autoriza la reproducción y/o difusión, mencionando

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

Viajeros de la Underwood

fuentes y enviando copia a nuestros editores. RNPI N° 894500 / Imprenta MULTICOPIAS



Proceder irresponsable

Gustavo Cosolito

Arrojar la colilla de un cigarrillo por el balcón, en lugar de apagarla en un cenicero, es una actitud imprudente. Y no interesa su frecuencia, lo importante es que ocurre. El fumador es un imprudente por naturaleza. Lo es con sus propios pulmones, ¿no ha de serlo con sus vecinos de la plantabaja?

Si por azar somos testigos de tal inconducta y procedemos a interrogarlo, el fumador nos dirá: "Yo soy así, siempre he arrojado colillas encendidas por los balcones y nunca me ha pasado nada". Ese es el estilo del fumador: no piensa jamás en su prójimo. No le importa que al señor de la planta baja se le incendie el juego de jardín. Sólo piensa en él. Y apenas parcialmente: tampoco le interesa imaginarse sus ennegrecidos pulmones venidos a menos.

Supone que su metabolismo es poderoso, alegando, incluso, la presencia de antecedentes familiares a su favor: "Mi abuelita fumó hasta los 86 años, allí dejó de fumar pero sólo porque le sorprendió la muerte y no por otra cosa (sic)". Atento a esas argumentaciones tendenciosas se cree poco menos que un inmortal. Se afana por "quemar" lo que le queda de vida. ¿Por qué no "consumir" los años, a todo riesgo? Ese es, ironías aparte, el espíritu aventurero que lo conduce al Reino del Humo. Para él también es una aventura arrojar colillas por los balcones. Y dice: "No es una llama lo que arrojo, es 'apenas' una brasita". ¡Una brasita! ¡Se puede incendiar un bosque entero con una brasita inocente! Basta una leve brisa y ¡zas! se nos viene todo el fuego encima.

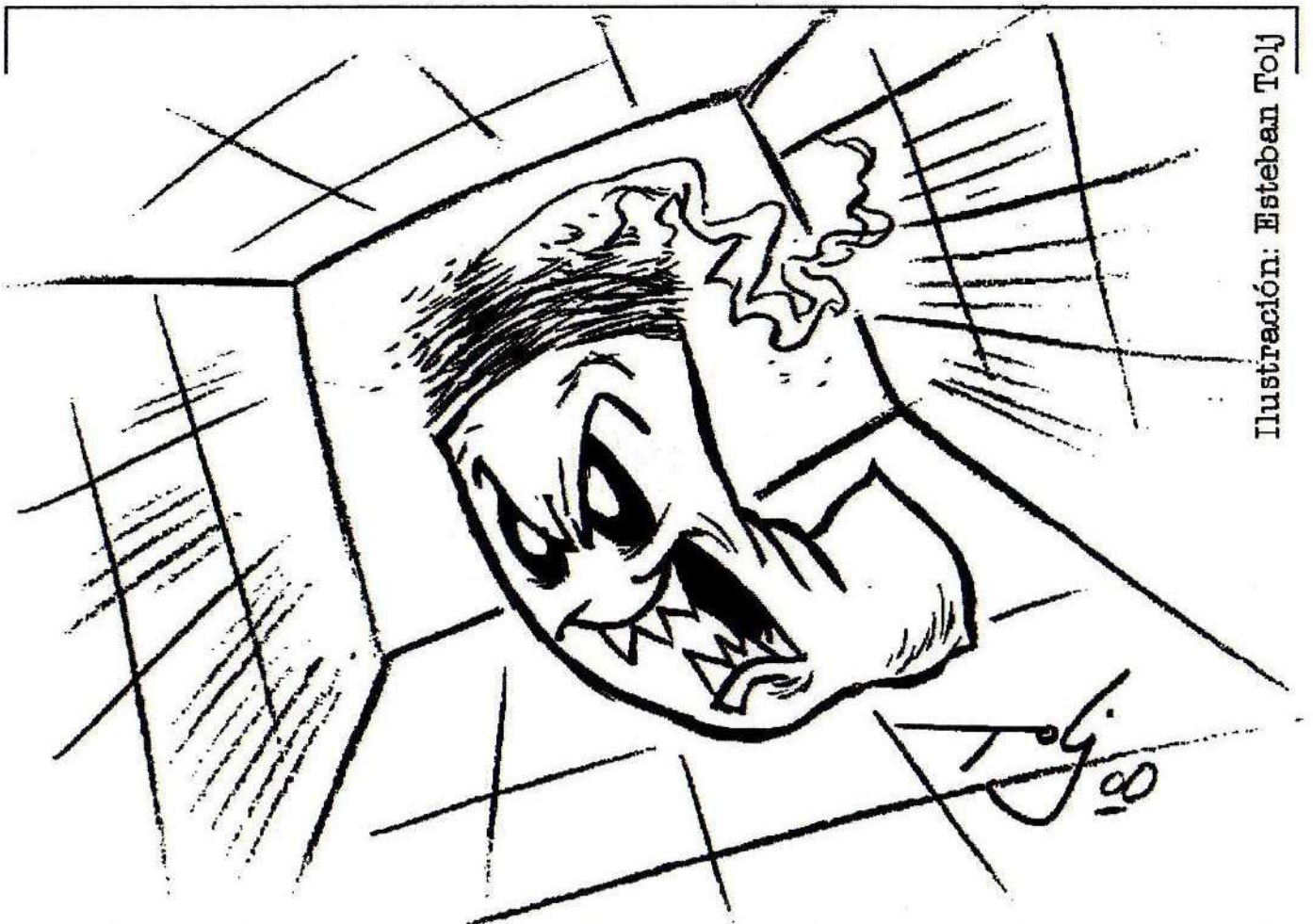
Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

Viajeros de la Underwood

Los fumadores se creen los dueños de la verdad, por ejemplo, cuando dicen con soberbia descarada: "Hace años que hago lo mismo y, sin embargo, la ciudad no está convertida en un monte de cenizas". La estupidez de su discurso defensivo constituye a su vez su propio alimento. Digamos que retroalimentan su necesidad.

Allá veo asomarse a uno de ellos, es el piso... decimoquinto. Se apoya en la baranda del balcón. Mira el horizonte. Todos hacen lo mismo antes de arrojar las colillas, se hacen los distraídos. Simula sensibilidad. Observa el crepúsculo, se pone triste. Eso parece. En este momento, mira hacia abajo. Creo que me ha visto. O no. No lo sé. Yo estoy escondido entre unas palmeras. No lo he perdido de vista. Pita dos veces más. Mira el cigarrillo. Quizá esté juzgando si ha de arrojarlo ahora o fumar un poco más. Duda. Lo aprisiona entre los dedos, más exactamente entre el dedo gordo y el índice derecho. Puedo observarlo bien porque tengo mis binoculares. Va a ensayar una maniobra con la colilla, con la del

cigarrillo. Yo sé cómo se hace eso. He ensayado, para experimentarlo, con pequeños tubitos confeccionados con papel de diario. La operación no es complicada aunque requiere alguna destreza. Simula una catapulta. Sirve para arrojar la colilla más lejos. ¡Qué irresponsable es! Se jacta de saber efectuar la maniobra con prestancia. Yo ahora miro en detalle el rictus que cubre su rostro. No consigo determinar si siente placer o pena, hay un pliegue en su mejilla que me desconcierta. Ajusto mejor el foco: creo que padece un tic nervioso, una especie de contracción rítmica de un músculo facial. Sé que los psicoanalistas asocian las descargas de los tics nerviosos con impulsos sexuales reprimidos. Tal vez se trate de un onanista compulsivo. Volviendo a la maniobra de lanzamiento de la colilla, sé que el proyectil, primero, hará una breve curva ascendente, un metro y medio o dos, para enseguida descender vertiginosamente en caída libre. Y asesina. Los dos son unos



asesinos: fumador y fumado. Ahora echa un vistazo, está disimulando. Lo adivino. Es lo que hacen todos los fumadores. Tengo un nutrido registro. De cada balcón, de cada visitante. Acerca de éstos, ellos merecerían un párrafo aparte que no les daré. Pero mejor volvamos al señor del decimoquinto. Ahora mira hacia abajo, impunemente. Yo, desde mi escondite, lo espío. Conmigo tengo una latita con dos dedos de agua. Ustedes se preguntarán para qué. Ya lo verán. ¡Atención! El desgraciado ya arrojó la colilla.

Contrariamente a lo que pensé, arrojó la colilla impulsándola hacia abajo directamente. La colilla cruza el sexto piso. Allá viene, brillante. Salgo de mi guarida, con mi latita atajo el pucho que apaga su brasa de inmediato. Sonrío. Alzo el rostro al cielo. El fumador sigue allá, no sólo me mira, también me señala. Lo escucho reírse. ¿De qué se ríe? Es un cínico. Ahueco las manos y le grito: "¡Cínico! ¡Cínico!". Él practica una seña universal con tres dedos. Es una seña obscena.

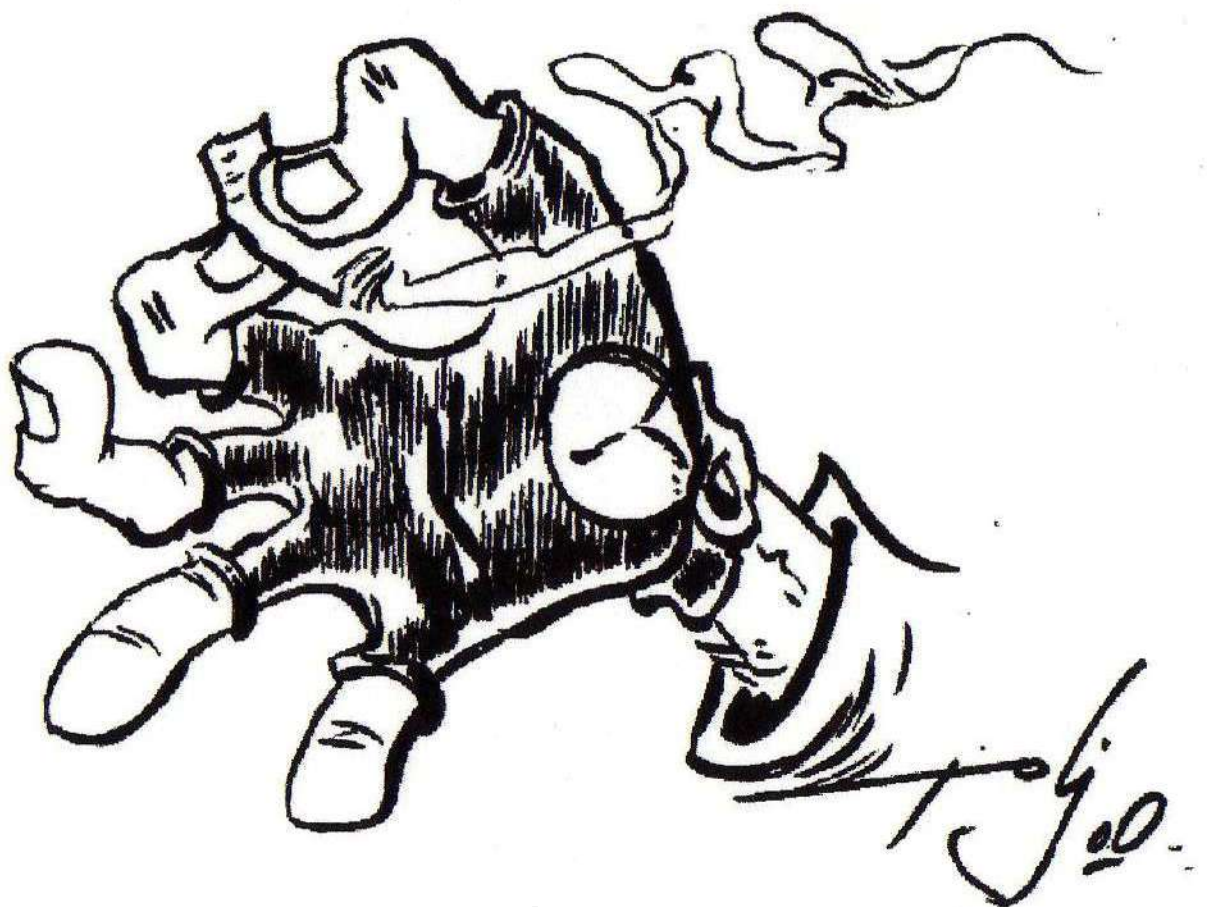
Desgraciadamente fueron

apareciendo más cínicos. Mi patio está lleno de prevenciones, es decir, de latitas. He cubierto toda la superficie de mosaicos. Las lluvias colaboran conmigo, llenando las latitas. Hay unas 600. Debí recurrir a una curiosa geometría para cubrir una superficie rectangular (del patio) con otras circulares (de latitas). He superpuesto latitas hasta cubrirlo todo. Sin embargo y pese a mis prevenciones, hay un inconveniente. Ocurre que las latitas están saturadas de puchos. Con mi red de latas he desatado, sin proponérmelo, una auténtica

lluvia de colillas. Con furor, todos los vecinos fumadores arrojan sus colillas a mis latitas, interpretando (malinterpretando) que yo las dispuse allí a modo de ceniceros colectivos.

Hay jornadas en que se agolpan verdaderas multitudes contra las barandas de los balcones, forcejeando y apostando, inclusive, para ver quién acierta a embocar en tal o cual latita. Todo lleva a suponer que les han asignado números de orden a mis latitas porque he escuchado que decían, por ejemplo: "Te apuesto

Ilustración: Esteban Toly



un cartón de Marlboro a que este puchito cae en la n° 234", y apuestas así de vanas. Una catarata de puchos llueve de continuo en mi patio. Un chisporroteo indescriptible se produce cuando la oleada de puchos golpea en los bordes de las latitas, para enseguida caer en las lagunillas.

Yo vigilo permanentemente. A la madrugada suelen caer lánguidas colillas. Las arrojan los que sufren insomnio. O competidores solitarios. Hay uno del séptimo que a las tres comienza con sus embocadas en la n° 143. Creo que realiza meros tiros de ensayo. Otros dos hacen su aparición a las cinco, arrojando un pucho por vez y dándose melosos besitos tras cada acierto. Son una pareja de enamorados, de enamorados bobos. ¿Por qué no se van a hacer el amor? A las seis, y

sigo con esta breve lista, hay uno del primer piso que se levanta a esa hora para hacerse trampa a sí mismo. Ha diseñado unas pinzas larguísimas y absurdas y, ayudado también por la proximidad de mi patio, se las ingenia para dejar caer sus colillas desde metro y medio apenas. Así no vale. Eso es trampa. Debería denunciarlo al consorcio, pero temo por las represalias. ¿Y si me tira una molotov al patio? Mejor me quedo en el molde. Prefiero que me arroje cigarrillos.

Bien. La lista podría ser ampliada. Pero no lo haré. Tengo miedo. Miedo a que esa lista trascienda y pase a poder de ellos. Si esto ocurriera, ¿qué harán conmigo para vengarse?



El fantasma de mi alma

Horacio de Zuasnabar

Primera parte

Soy yo y me están velando. Soy yo, indudablemente el muerto soy yo. No es que sea exactamente como tantas veces imaginé que yo sería estando muerto, pero soy yo. Nunca me había visto a mí mismo, a no ser a través de un espejo o una foto.

Qué raro me veo ¿tengo la cabeza tan grande, yo que siempre creí que era chica para mi cuerpo? Pero qué estás diciendo, pelotudo: ese sos vos y estás blanco, muerto y te están velando... Nadie llora ¿es que no me quieren? ¡Qué serios que están, niños!; también... velando a papá. ¡Qué ojos colorados, María y José!... Pero ¿qué dices, gilipollas?: estás muerto, aquí muerto y tus hijos te están velando ¿Y vuestra madre, chicos?, ¿donde está mami?, ¿me escuchan?, ¿seguro? ¿Quién habla si yo me siento el que soy y lo estoy viendo aquí muerto? ¡Qué asco de color que tienes, qué asco, Dios santo... Estoy muerto, Dios mío, estoy muerto... así era la cosa: estoy muerto pero estoy....

- Papi...

- ¿Qué, hijo? ¿qué querés?

- ...me decía que los hombres también tienen derecho a llorar...

Ultima parte

Estoy en el medio de la cama. Alrededor ustedes. En el umbral la sirvienta y al pie, mi perra.

Ustedes me acarician con manos calientes y, otros, no se acercan.

Todos me son ya distintos.

Sólo mi perra es la de costumbre.

Ninguno me molesta. Se renuevan las caras y es entretenido: son notables los presentes y los ausentes.

Al cabo, todos se han retirado. Me han dejado en este pequeño lugar.

Entonces me levanto, abro mis ojos, y echo a andar detrás de ustedes.

Sin embargo, intuyo, ya nada será igual.



Samarcanda

Ariel Suárez

Samarcanda, La Falda, Caracas, Dallas, Praga, Paraná, Bahamas, Salta, Santa Bárbara, Yakarta, Sahara, La Habana, Alaska, Madagascar, Canadá, Tampa, Panamá, La Paz, Valaq, Harvard, Braga, Almada, Ammán, Saratos... Todo lugar es su reino y no hay lugar que no sea, por definición, destinal. Pero uno no se dedica a hacer elaborados cuestionamientos filosóficos ni largas enumeraciones geográficas cuando el frío te entra hasta los huesos y las balas zumban a tu alrededor y por más que se quiera sostener una insostenible posición a sangre y fuego, mientras los defensores van cayendo uno tras otro, abandonando con su fresca sangre la helada turba que cubre unas islas perdidas en el Atlántico Sur. Tierra desafortunada, maldecida con el privilegio de ser mortaja y ataúd de la flor y nata de la juventud argentina.

Tampoco se piensa demasiado en las ironías del destino, como eso de estar matándose en una pradera llamada Goose Green, Ganso Verde, eso es redundante: si para gansos están ellos y para verdes los

uniformes.

Los paracaidistas británicos avanzan. Imparables, inmisericordes, matan y mueren con la misma férrea decisión de las tropas argentinas, con la misma inconsciencia. "Pensar": verbo prohibido en tiempos de guerra. "No matarás": mandamiento ignorado cuando las bayonetas se tiñen de sangre.

El teniente López hace lo que tiene que hacer: no piensa, mata. Su fusil convierte a dos esposas en viudas y condena a tres chicos a crecer sin padre, allá lejos, en la Gran Bretaña. Pero él ignora este hecho y tal vez sea mejor así.

Sus cartuchos se terminan. Se agacha en su pozo de zorro. Saca el cargador vacío y pone otro lleno. Respira profundo. Se para, apunta... Y entonces la ve... Una fría serpiente recorre su espalda. Es la Muerte misma, sonriente, supervisando su abundante cosecha de sangre. En un instante sus miradas se cruzan y un extraño gesto aparece en el rostro de la Muerte. Por primera vez en su vida López conoce el terror. Y corre.



Ilustración: Cristian Andrioli

Corre como loco, como poseso. Tropieza, cae, se levanta, y sigue, sigue, sigue... Hasta que dos balas destrozan su pierna derecha, deteniendo su frenética carrera. Duele mucho, demasiado. Se desmaya.

Es afortunado. Unos enfermeros lo encuentran y lo llevan a un hospital improvisado en la escuela de Puerto Argentino. Se siente feliz, seguro. Además, cuando ya está lúcido, le dicen que no va a perder su pierna, y que al día siguiente sale en un vuelo rumbo al continente. Para él, esa guerra ya terminó.

Afuera, el sol va perdiéndose en el horizonte.

Con las primeras sombras, como cada noche, una fragata inglesa cañonea sistemáticamente las posiciones argentinas en esa ciudad que ellos llaman Port Stanley. Romper los nervios argies, sacarles el sueño, hacer todo el daño

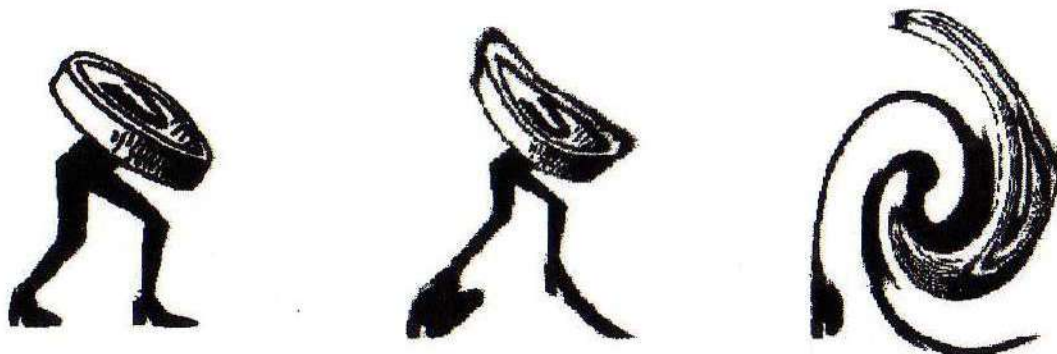
posible... Pero esa noche no sería como las otras.

Uno de los cañones acierta con el hospital. Un error. Uno más de los que siempre se cometen en toda guerra.

Pero eso ya no importa para López. Tirado en el suelo, ve cómo la sangre que escapa de su cuerpo le lleva la vida. Mientras, su mirada vuelve a encontrarse con la mirada ya conocida, ya temida. Una visita de último minuto.

¿Por qué? -pregunta López- Si nos vimos en Ganso Verde, te vi hacer un gesto... y yo... yo creí que...

¿Creíste qué? -pregunta la Muerte-. Ese fue un gesto de asombro. Me sorprendió verte en Ganso Verde, tan lejos de Puerto Argentino donde, precisamente, tenía que encontrarte esta noche.



La mejor música del mundo

Patricia Roldán

Una voz en sueños me reveló que debía hacer conocer la música de Luca Prodan al mundo. Esta visión me obnubiló y al otro día dediqué partir hacia el mundo para ejecutar lo que me había sido revelado. Enseguida y como por arte de magia, apareció en forma sanguinolenta en mis rodillas, la imagen de Luca Prodan, que cada dos horas desprendía olor a ginebra. Enloquecida de amor y dolor, repartí su música en Bangladesh, Estocolmo, Guatemala y al entrar

de rodillas en una iglesia escuché que Luca decía: aia aia; entonces me convencí de que las rodillas tenían vida propia.

Pronto consulté al mejor cirujano, que me extirpó las caritas de Luca y me hizo una marioneta.

Acá la tengo. Está colgada arriba de mi cama. Me canta todas las noches "Mañana en el Abasto", antes de dormirme.



Noche de sábado

Volvíamos de bailar. Pensábamos que era en broma eso de meternos en el auto casi de prepo, pero me acuerdo que nos miramos y sin decirnos ninguna palabra nos preguntamos hasta dónde querían llegar esos tres tipos. El auto iba bastante rápido y no sabíamos hacia dónde. La Mumi se descompuso. Había tenido un accidente grande

hacia poco tiempo. El que manejaba aminoró la marcha y a la Mumi se le fue pasando. En un kiosco los tipos se bajaron a comprar cerveza. A una de nosotras se nos ocurrió escaparnos con el auto, pero se habían llevado las llaves. O tal vez bajarnos y tomar un colectivo de vuelta. Pero por lo que vimos estábamos en Fisherton y a esa hora

la B no pasa nunca. Al final nos quedamos. No sabíamos qué hacer. Teníamos algo de miedo. Los muchachos volvieron a las risotadas. Como había poco lugar en el auto me tuve que sentar en la falda del que estaba conmigo. La Negra, que iba sentada adelante nos miró y tomando el pensamiento general dijo: "aceptamos venir con ustedes porque nos parecían buenos muchachos, pero si hacen algo que no nos gusta, nos pegamos la vuelta enseguida, las tres." Los muchachos se callaron por un rato y dejaron de hacer bromas. El que estaba conmigo me dijo al oído que lo único que quería era estar conmigo, que no nos querían hacer nada raro. Creo que los otros les dijeron algo parecido. Querían que fuéramos todos a la quinta de un amigo en Funes. Estábamos un poquito más tranquilas. El que estaba con la Mumi la tocaba y agarraba; ella no quería. La Negra se estaba besando con el que manejaba y yo le dije que tuviera cuidado que nos íbamos a estrellar. El que estaba conmigo me acariciaba. Yo no sabía ni siquiera si quería estar con él. Habían puesto un cassette de Soda. Era noche cerrada y los muchachos se dieron cuenta de que se habían perdido. Estábamos más allá del Country. El que estaba conmigo dijo que desde el Country

había que contar cuarenta árboles y doblar hacia la derecha y después el camino de la casa se encontraba solo. Fuimos contando los árboles a coro. Buscamos un poco y al fin llegamos. La casa de fin de semana tenía el césped cortado tan lindo que daban ganas de revolcarse en él. Tenía una linda piscina, árboles y el chalet. Los chicos dijeron que se iban un rato adentro. Ariel y yo nos quedamos al borde de la piscina besándonos y acariciándonos. Después nos sacamos la ropa y nos metimos. El agua estaba fría. Las luces y la radio del auto habían quedado prendidas. Parecía lo único vivo en ese lugar. Ariel se movía. Yo, por detrás de su cuello veía un peral con peras y todo. Me hubiera gustado ir a comer una. No estaba gozando, al menos yo no. Cuando terminamos quise ir con mis amigas. Amanecía. Quería pensar que estaban charlando, durmiendo o tomando algo.

Cuando entramos, la Negra estaba desnuda en una cama, sola, desmayada. Desde la pieza venían los gritos de la Mumi que estaba con los dos tipos. Mi pelo chorreaba agua, me acurruqué dentro de mis brazos y me sentí más sola que en toda mi vida. Tenía catorce años.





Mark Twain

La historia del niño malo

Había una vez un niño malo cuyo nombre era Jim (aunque, de prestar atención, notará que en los libros de la escuela dominical los niños malos se llaman casi siempre James). Era extraño, aún así cierto, que éste se llamaba Jim.

Tampoco tenía una madre enferma; una pobre madre enferma que era piadosa y que tenía tisis, a quien la haría feliz yacer en su tumba y descansar si no fuera por el gran amor que le profesaba a su hijo y por la angustia que sentía al pensar que el mundo podría ser cruel y frío con él cuando ella se hubiera ido. La mayoría de los niños malos de los libros dominicales se llaman James y tienen madres enfermas que les enseñan a decir "Me arrodillo" etc. y que les cantan con voces dulces y lastimeras hasta que se duermen y luego les dan el beso de las buenas noches y se arrodillan junto a la cama y lloran. Pero era diferente con

este muchacho. Se llamaba Jim y a su madre no le pasaba nada, ni tisis ni nada parecido. Era más bien fornida y no era piadosa, es más, no estaba preocupada por Jim. Decía que si se quebrara el cuello no sería una gran pérdida. Siempre golpeaba a Jim para que se duerma y nunca le daba el beso de las buenas noches, por el contrario le daba un bofetón cuando estaba listo.

Una vez este niño malo robó las llaves de la despensa, se deslizó dentro de la misma y tomó mermelada, y llenó el recipiente con brea para que su madre no notara la diferencia. Pero no fue asaltado de inmediato por un sentimiento terrible, y no le pareció que algo le susurrara "¿Está bien desobedecer a mi madre? ¿No es pecado hacer esto? ¿Dónde van los niños malos que engullen la mermelada de su madre buena y amable?"; y luego no se arrodilló solo y prometió no volver a ser malo nunca más ni se

levantó con el corazón liviano y feliz, y no fue con su madre para contarle todo lo sucedido ni le suplicó que lo perdonara, y ella no lo bendijo con lágrimas de orgullo y de agradecimiento en los ojos. No, así sucede con todos los otros niños malos en los libros pero no fue así con este Jim, lo cual era bastante extraño. Se comió la mermelada y dijo que era formidable con su vocabulario vulgar y pecaminoso, y luego puso la brea y dijo que eso también era formidable y se rió y comentó que "la vieja se levantaría y bufaría" cuando lo descubriera, y cuando finalmente lo descubrió, él dijo no saber nada al respecto y ella lo azotó brutalmente y él lloró. Todo lo concerniente a este niño era curioso, todo resultaba diferente con él de lo que sucedía con los James malos de los libros.

Una vez se trepó al manzano del granjero Acorn para robar manzanas y la rama no se rompió, y él no se cayó y se rompió un brazo, y no fue lastimado por el perro enorme del granjero, y no yació en su lecho de enfermo durante semanas, ni se arrepintió y se volvió bueno. Ah, no. Robó todas las manzanas que quiso y bajó sin problemas, y estaba bien preparado

para el perro también y lo golpeó con un ladrillo de punta cuando se acercó para atacarlo. Era muy extraño, nunca sucedía algo así en esos tiernos libros con cubiertas jaspeadas y con figuras de hombres con abrigos largos y sombreros de copa y pantalones cortos en las piernas, y mujeres con vestidos con la cintura bajo los brazos y sin arco. Nada de esto sucedía en los libros de la escuela dominical.

Una vez robó el cortaplumas del maestro y cuando tuvo miedo de que lo descubrieran y lo azotaran lo deslizó en la gorra de George Wilson, el pobre hijo de la viuda Wilson, el niño modelo, el niño bueno del pueblo, el que siempre obedecía a su madre y que nunca decía una mentira, quien amaba sus lecciones y se deleitaba con la escuela dominical. Y cuando el cuchillo cayó de la gorra, y cuando el pobre George bajó la cabeza y se sonrojó, como si fuera culpable, y cuando el maestro tristemente lo acusó del robo y estaba por bajar la vara sobre sus hombros temblorosos, no se interpuso súbitamente un improbable juez de paz de blancos cabellos y dijo solemnemente "¡Dejen a este noble niño, he allí al cobarde culpable!



Ilustración: Javier Hernández

¡Pasaba por la puerta de la escuela durante el recreo y, sin ser visto, observé como se cometía el robo!". Y luego Jim no recibió una zurra, y el venerable juez de paz no leyó una homilía frente a una escuela emocionada hasta las lágrimas, y no tomó a George de la mano y dijo que un niño como él debería ser exaltado, y no lo invitó a formar parte de su hogar, a que barrierá su oficina, preparara el fuego, hiciera encargos, cortara leña, y que estudiara derecho, y ayudara a su esposa con los quehaceres del hogar, y que tuviera el resto del tiempo para jugar y ganara cuarenta centavos por mes y fuera así feliz. No, así habría sucedido en los libros, pero no fue así con Jim. Ningún anciano decrepito y entrometido apareció para causarle problemas, y así George, el niño modelo, fue azotado y Jim se puso contento porque como es de suponer, Jim odiaba a los niños modelo. Jim decía que "los azotaría, parecen niñas". Ese era el vocabulario ordinario que utilizaba este niño malo y abandonado.

Pero lo más extraño que le sucedió a Jim tuvo lugar aquella vez que fue a pescar un domingo y no se ahogó; y en otra oportunidad fue

sorprendido por una tormenta mientras pescaba un domingo y no fue fulminado por un rayo. Pero cómo, si aunque controlara y controlara todos los libros de la escuela dominical desde ahora hasta la Navidad próxima nunca se toparía con algo como esto. Ah, no, encontraría que todos los niños malos que salen a pescar en domingo invariablemente se ahogan, y que todos los niños malos que son sorprendidos por una tormenta cuando están pescando en domingo indefectiblemente son fulminados por un rayo. Los botes en los que viajan niños malos siempre se dan vuelta en domingo y siempre hay tormenta cuando los niños malos van a pescar durante el Sábát. Cómo se salvó este Jim es un misterio para mí.

Este Jim tenía una vida protegida por un hechizo, esa debe ser la respuesta. Nada podía herirlo. Hasta le dio al elefante de la casa de fieras un rollo de tabaco y el elefante no le arrancó la tapa de los sesos con la trompa. Cuando estaba revisando el ropero en busca de esencia de menta no se equivocó y tomó ácido nítrico. Robó el arma de su padre, y fue a cazar en domingo y no se cercenó tres o cuatro dedos. Golpeó

a su pequeña hermana en la sien con el puño cuando estaba enojado y ella no agonizó durante calurosos días de verano y murió con dulces palabras de perdón en sus labios que redoblaron la angustia de su corazón roto. No, ella se repuso. Finalmente Jim se escapó y se fue al mar; y no volvió y se encontró triste y solo en el mundo, ni a sus seres queridos yaciendo en la quietud del cementerio de la iglesia, y la casa de su niñez cubierta de hierbas, derruida y en decadencia. Ah, no; volvió a su casa más borracho que una cuba y lo primero que hizo fue terminar detenido.

Y creció y se casó, y tuvo muchos hijos, y les rompió la crisma a todos con un hacha una noche, y se enriqueció mediante todo tipo de engaños y bajezas; y ahora es el canalla más perverso e infernal de su pueblo natal, y es respetado donde quiera que vaya y pertenece a la legislatura.

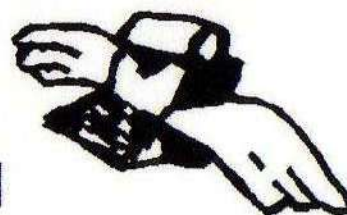
Y fue así que nunca hubo en los libros de la escuela dominical un niño malo llamado James que tuviera tanta suerte como este Jim inmoral con su vida protegida por algún hechizo.



Extraído del libro "The complete short stories of Mark Twain", Bantam Books, 1983.

Traducción: Gabriela Alcañiz

Únete al próximo viaje de la Underwood



Mandános toda tu producción de relatos (máx. 5 pág. A4), poemas, dibujos, historietas, música, películas, galletitas caseras, calzado vacuno y postales del mundo.

Remando en la oscuridad

Acerca de la poesía de Pedro Bollea

Mercedes Gómez

Poemas que llaman a concentrar la atención de los sentidos en las cosas del mundo que permanecen ocultas a la evidencia de los ojos, son los de Veinte Largos (Rosario, ediciones "La Cachimba", 1994), de Pedro Bollea. Entre sus versos aparecen J. L. Borges, G. Ungaretti, F. Kafka, más que a modo de homenaje, como adhesión en la palabra poética.

Así el primer poema de este libro, "El río", dedicado a Ungaretti, presenta la imagen que continuará a lo largo de todo el volumen: el río de Heráclito. Un ente de existencia atemporal. Puro devenir. Anterior incluso a la creación de la Tierra, pero perdurable en su multiplicidad. En los ríos del mundo y en el río de la sangre. En todas las cosas sujetas al cambio inevitable. Dice "El río": *"Recuerda: míralo pasar... / (...) / Movimiento sin medida... / curso por donde el sin-sentido / se muda en una dirección creíble, / sólo dócil al destino que le marca / una suave inclinación del mundo."* (pág. 7).

La imagen va transfigurándose: es lluvia que devendrá río luego de devenir nube. Es también *la sangre que hace mover al cuerpo*. Atraviesa el territorio del poemario, y se detiene en el recodo de cada texto,

intentando apresarlos, retener ese instante irrepetible de su paso que es, al mismo tiempo, eternamente repetido.

Sin embargo, en estos poemas, hay un dejo de pasividad que se manifiesta ya en la primera recomendación: *"Recuerda: míralo pasar"*. Todo lo circundante adquiere carácter de entidad, las acciones proclamadas por la voz poética parecieran transcurrir fuera de ella, alojadas en lo circundante, en un abandono del *ser* para dar lugar a *lo que es*. Pero la voz poética parece dudar de su propia existencia rindiéndose ante lo evidente del devenir del río y sus elementos: el agua en el delta, las breñas, los peces, el viento. Todo tiene existencia corpórea, humana, se diría, porque, al igual que el ruiseñor de los románticos, en el abandono de la preocupación por la existencia está el existir absoluto, en la perpetuidad del cambio, devenido instante, transfigurado en *puro devenir*.

"Un río de cenizas calientes viaja por el aire, / lastiman los pómulos y se funden en mi torso. / Una vez por día crujen los párpados como fuelles / y suben constelaciones en ángulos imposibles" / (...). (poema II de "Como Travis de París (Texas)", Veinte

largos, pág. 28).

En el libro posterior de Bollea, Cincuenta y cinco cortos (Rosario, Ediciones La Cachimba, 1996), aparece también cierta impronta de testigo involuntario al que no le queda otro remedio que transformarse en cronista de lo que afecta su vida y su visión. Testigo de la poesía de las cosas. Sin poder incidir en ellas, en su destino. Sólo limitarse a describir, a transmitir con el escaso medio de la palabra: "*Buscando la palabra "Zagreb" / me crucé con la palabra "zahori" / Se detuvo y dijo que hacía tiempo me buscaba. / (Luego arrojó la horqueta de mimbre / y me besó los labios).*" ("Amores", Cincuenta y cinco cortos, pág. 23).

Contenida por un cuerpo breve, ajustado, la búsqueda de la esencia casi fotográfica de la palabra procura construirse un nido pero hace agua. El mismo agua del río: "*Un pie que pisa firme / en las voladuras del instante / - la última losa- / cuando el único puente / entre una y otra orilla del abismo / es el grito del despeñado, / al fin sostenido / al fin redento. // Milagro, / caminar en las aguas / pero con el agua al cuello...*" ("Arte Poética III", pág. 17).

Mientras que en Maná (Rosario, Ediciones La Cachimba, 1999), su tercer libro, pareciera responder a ese dejo de ingenuidad que acompañaba la maravillada contemplación del poeta: "*¿Maná? / No hay Maná. / Hay agua que extrajimos del pozo, / haciendo la roldana un yíc por vuelta, / lagrimeando el cáñamo al tensar.*" / (...) ("Maná", parte 1, pág. 9).

El agua ya no fluye, está en un pozo. Agua quieta que requiere del esfuerzo de nuestro trabajo, para ver la

luz y tener un fin. Escasamente podemos acceder a ella. Por momentos parece que ha abandonado el mundo y demora mucho en regresar. Pero cuando retorna, es el mar, hostil en su fuerza y su misterio: "*¿y si lo del mar no fuera / sino una larga broma? / Una larguísima broma/ cuyo final, / abjurando sus promesas, / nos lo / -siempre- / difiere... // Enfriándonos en tanta espera, / devenidos religiosos / lo adoramos; / porque aquel que no revele / lo que encierra en un puño / será Dios.*" ("Broma", pág. 27).

Este último libro finaliza, irónicamente, con el poema "Epígrafe", en donde un caballo blanco se arroja al agua en altamar y, desconcertado al principio, nada "*dejando una absurda estela / en ese mundo de los peces...*". Ese acto que el caballo lleva a cabo, su arrojó, es lo que define, de allí en más, su destino, desconocido al lector. Su elección de vida o de muerte. Un arrojó al mundo de lo desconocido, igual al nuestro, el de arriba o afuera del agua, pero en el cual su presencia es un rastro de lo absurdo, la popular imagen del "sapo de otro pozo" llevada a su extremo. Bollea desarrolla la secuencia de la imagen de este acto cometido por un ser que, voluntariamente, se arroja a lo desconocido, hasta hacerla cerrar el círculo del arduo trabajo: el caballo lidia con el exceso de agua, como el hombre con la carencia de ella. El caballo galopa en una extraña llanura profunda. Y el hombre sólo puede contemplar, consternado y distante, ese acto decisivamente poético, intransferible, de arrojarse a un mundo desconocido.





Patricia Suárez
La italiana

6.

En la casa de *mamma*
había un Molino
que giraba y giraba
imperturbable
mirando al viento.

Aspas como pestañas, y
ráfagas como caricias.

Y a veces la lluvia
rápida y sigilosa en su caída
como abrazo de muchacho,

el *ragazzo* que me tomó
a la salida de misa
el último verano.

7.

- ¿Qué piensa?
- En el sol
-digo-
que ahora está dando
sobre la morera
del patio.

Diego G. Martínez

Oro y verde

Enseñame a no pensar en el final.
Mirame con tu oro y tu verde,
el lila vendrá después.
Entonces te miro yo y comienza
a funcionar la naturaleza.
Se suceden los relámpagos,
los rayos que me deslumbran.
La tormenta vendrá después.

Maldición

Maldición, vienen esos días
y tendré que bañarme todas las mañanas.
La anciana sabe qué decir en esas ocasiones,
hilvanando los días con las mañanas.

Descansaré en la arena con los ojos vendados;
luego vendrán momentos de fogatas y pormenores.
Tarde, mucho + tarde, cuando la sabiduría llegue
al punto culminante en mi vida
seguiré escribiendo de estos recuerdos.

Mi sosiego será mayor;
la muerte suele tener una sonrisa agradable.

Pasadizo que termina
en un principio nunca pisado.
Sólo las negras aves, águilas,
han tapado con sombras su entrada.
Y maldicen
los latidos de alguien que se esconde en su fin,
que huye del final.
No creas que esto no existe!
Sólo ve por arriba
que no hay principio
que no hay fin.
Ni salida.

Tal vez dejemos de ser peces
para empezar a consumir aire
calcinado por la psiquis.
Las nubes serán más que nubes
y pasarán a ser masas que sólo cubrirán planetas.
Infantes querrán parar el tiempo
y quebrar cristales con sus gritos
que sólo pocos oirán.
Y nosotros seguiremos completando
crucigramas de memoria
hasta que comamos sus páginas,
hasta que no quede un cuadrado en blanco
para que metan más palabras inútiles
y memoricemos como otras.
Creamos en alguien que no exista aún.
Liberémonos de sus cadenas
y mezclamos las letras.



Los signos

Julio Imbert

Al nacer el hijo primogénito y único de Osiris Habib, creíase que nada se había visto en este mundo que se le pareciera en belleza, gracia y cualquiera de las muchas excelencias que trasuntaba, según sus padres, el privilegiado retoño. Más allá del sentido figurado Pedrito Tulio Ambrosio resultaba algo así como la más completa expresión de la divinidad bajo la forma animal viviente. Era *divino*. Y si había exageración, que algunos vinculaban con la edad de los progenitores -demasiados años para tener un hijo, y este hijo, tan esperado-, ya se sabe que el amor hace chocar con frecuencia a los hombres. ¿Quién podía decir que esos ojazos no eran singulares; que esa naricita no despertaba ganas de comérsela; que esa boquita, en fin, no era la primicia de una rosa, húmeda por el aire del amanecer? La misma pequeña mancha que asemejábase a una media luna, blanca como el bórax, en medio de la rosada frente, acentuaba

los encantos del niño. Alguien quiso ver una anomalía en ese minúsculo retazo de piel, como si le faltara a ésta, allí, la materia colorante. Pero de ninguna manera podría considerarse un asomo de albinismo, porque los ojos del pequeño eran verdaderos campos de esmeralda, y los albinos se caracterizaban por el rosado o el rojo del iris y el color blanco del pelo y del vello. Pedrito Tulio Ambrosio era rubio resplandeciente, un rubio que iba oscureciendo al cabo de los días. Aquella manchita era una gloria. Lo único que podía afectar a ese dechado de perfección era la otra mancha vinosa que tenía en la espalda; pero no era de ningún modo un defecto y, por otra parte, y gracias a Dios, no molestaba allí en lugar poco visible.

El día que Ernesto, el amigo más querido y admirado de Osiris -llegado oportunamente cuando bañaban a Pedrito-, observó las señas o particularidades del

pequeño, y aprovechó para demostrar, algo rumboso, sus conocimientos acerca de una materia apasionante: la egiptología, comenzó el drama de Osiris Habib, hombre por demás sugestionable.

- ¿Has observado, Osiris -le preguntó-, que la mancha que tiene Pedrito en la espalda semeja un águila o un buitre con las alas desplegadas?

- Y eso, ¿qué? -comentó molesto Osiris-. Sinceramente no veo águila ni buitre alguno.

- Si el niño fuera mi hijo, yo me inquietaría -dejó escapar Ernesto.

Osiris Habib se puso sombrío. Y luego de un silencio, el rostro algo enrojecido, escabrosa la voz, inquirió el porqué.

Ernesto calló durante un rato, antes de responder. Él pensaba ahora -y estaba convencido- que un rayo de luz había fecundado a Lidia, la mujer de Osiris, y que Lidia no era otra cosa que una becerria que había llevado en su seno al "pobre animalito"; es decir, a Pedrito Tulio Ambrosio. De pronto, como si dentro de él se destruyera alguna posible duda, en su pensamiento (se le ocurrió pensar, digamos) se dibujaron ostensiblemente las letras iniciales de los nombres del niño: PTAH (Pedro Tulio Ambrosio Habib); y tomando de un brazo a su amigo, le

preguntó:

- ¿Se llamaban también Osiris tu padre y abuelo?

Las pupilas de Osiris se dilataron.

- Sí -respondió-. ¿A cuenta de qué vienes con eso ahora? Osiris se llamaron todos mis antepasados, según fue tradición en mi familia: tradición que yo quise romper al nacernos Pedrito.

Y Ernesto continuó:

- Y dime: los nombres de Pedro Tulio Ambrosio, ¿a qué responden?

- Son segundos o terceros nombres de parientes también.

Ernesto se acercó al vidrio empañado de la ventana y escribió con un dedo: PTAH.

- Estas son las siglas de Pedro Tulio Ambrosio Habib. Claro, no te dicen nada, absolutamente nada. Pero ellas forman un nombre propio, porque PTAH fue un dios egipcio, de quien, igual que de Osiris, otro dios-hombre, provino el sagrado buey Apis. Lee a Plutarco y a Herodoto si quieres saber más.

Nada entendió, evidentemente, el buen amigo. Pero en medio de ciertas brumas entrevió algo desagradable: algo que ya se estaba posesionando de él, como una garra negra.

- Dime, por favor, Ernesto, qué quieres decir. Dímelo con otras

palabras.

Ernesto meditó; creyó conveniente usar prudentes circunloquios en la singular noticia, mala sin duda para los padres del niño.

- No puedo convencerme de que todo sea sólo simple coincidencia. Creo ver algo raro... algo que me resulta difícil explicarte.

Sin embargo Osirirs lo apuró y ambos se fueron a la calle para hablar lejos de Lidia. Pero el silencio se prolongaba.

- Vamos. Ernesto: explícame por qué dijiste que si Pedrito fuera tu hijo, te inquietarías.

Al fin, Ernesto dijo:

- Tu pequeño tiene algunos signos que lo emparentan con un animal sagrado: el buey Apis. Esa pequeña media luna clara en medio del rosado de su frente, y esa mancha en sus espaldas que muestran la imagen de un águila o buitre.

- El médico no le ha dado importancia. La mancha vinosa es un simple angioma. Así le llaman. El niño es espléndido. Lidia lo ve divino. Yo también.

- Es posible que lo sea -añadió Ernesto-. Ahí está el quid del asunto. Si me permitieras mirar debajo de la lengua de Pedrito tendríamos, tal vez, otro testimonio válido.

- ¡Oh, déjate de pavadas...!

¿Qué piensas encontrar allí? No acabo de entender por qué te empeñas en emparentar a Pedrito con un buey, feo animal por sagrado que sea, y cómo no te parece todo lo contrario: un ángel, por ejemplo.

- Síguelo observando -fue la respuesta de Ernesto-. La figura de un escorpión o de un escarabajo, debajo de la lengua, es otro de los signos que caracterizan al buey Apis.

Le dio un abrazo y regresó a su casa. Al volver Osiris a la suya, Lidia le preguntó si se sentía descompuesto o si había discutido con Ernesto, porque una palidez extraña parecía envejecerlo. Era como si se le hubieran caído las alas del corazón.

Osiris esquivó la pregunta, malhumorado, y se dirigió al cuarto del niño, y ella no insistió para no alterarlo más, porque conocía demasiado su carácter algo ríspido en ciertas circunstancias. Cerró Osiris la puerta y contempló al pequeño que dormía boca abajo; se le aproximó en puntas de pie y tras algunas vacilaciones, apartó hacia un lado la sábana, agrupando sin querer, como un ramillete, los alelíes celestes bordados en el lienzo. Descubrió luego a Pedrito levantándole la impecable bata de dormir, y bajo las sugerencias de su amigo, obediéndole, observó la hermosa anatomía. Pensó entonces

que era posible que no fuera así, pero debía convencerse esta vez que la mancha de Pedrito recordaba a un ave de rapiña. Allí se perfilaba un pico corvo, una garra, quizás, y una especie de garabatos podía sugerir las barbillas de una pluma. Pero, ¿no era caprichoso verlo así? ¿No sería solamente producto de la sugestión?

Trató de tranquilizarse. Después de todo, y con buena voluntad, podía verse en la mancha vinosa, tanto una alondra cantando, como un predicador evangélico. Pero los propios argumentos no lo convencían, allá en el fondo, y creyó de pronto descubrir más abajo de la nuca de Pedrito cierta protuberancia inquietante: algo así como una pequeña giba en la base del cuello, o, para decirlo de otra manera, un abultamiento craso que declinaba en lo que llaman paletilla en un toro o un buey. Ciertamente no lo había observado nunca, y la confusión se apoderó enteramente de él.

Llamó a Lidia.

- Dime... dime la verdad: ¿ves algo raro en Pedrito?

- No veo nada fuera de esa graciosa manchita. ¡Es divino! -agregó entusiasmada, y ensombreciéndose a la vez preguntó: - ¿Te sientes mal, Osiris? ¿Te pasa algo? Te veo como desesperado, después de haberlo visto a Ernesto.

Pedrito despertó, y la madre le dio a beber de su fuente: un pecho empinado en el que convergía toda la luz.

El buey Apis no se desprendía, mientras tanto, de la mente del padre. Se puso a pensar en la claridad de la frente del niño, que, por otra parte, podía parecer una media luna, un trozo de manzana, una coronita de príncipe, o cualquier otra cosa, según quería verse, por ciertas indefiniciones del dibujo. Pero había lo demás: su propio nombre Osiris, tradicional en la familia y esa curiosa coincidencia (¿era una coincidencia?) de las iniciales del pequeño que formaban el nombre de un dios-hombre: Ptah, de quien descendían asimismo el buey Apis, según se acaba de enterar.

De golpe, al dejar de beber Pedrito, Osiris le pidió a Lidia:

- Déjame verle la lengua.

- ¿La lengua? ¿Qué buscas encontrar en ella, sino restos de mi leche?

Osiris no contestó; quitó a Pedrito de los brazos de Lidia, y lo acostó suavemente en su cuna. Luego fue a la cocina y volvió con una cucharita de plata.

- Cuidado; lo vas a hacer llorar.

- ¿Cuándo ha llorado? Nunca llora. Ojalá lo hubiéramos oído llorar alguna vez.

Y abrió el capullo, aquella primicia de rosa del Génesis, haciendo delicados manipuleos con el improvisado espéculo.

- ¿Qué haces? ¿Qué buscas, Osiris? -preguntó Lidia, sobresaltada.

- Mira tú -fue la respuesta-. Dime si ves debajo de la lengua algo así como la imagen de un escarabajo o de un escorpión. Me parece ver algo...

Lidia miró a su vez, disgustada.

- Maltratamos inútilmente al niño -dijo-. No veo nada. Sólo el frenillo y la túnica rosados, casi blancos.

- Ernesto quiere mirar -agregó Osiris.

- No lo dejarás, supongo. Yo no lo permitiré. ¿Qué busca ese hombre? ¿Por qué te dejas suggestionar tan fácilmente por él?

Los días siguientes fueron para Osiris largas pesadillas. No quería ver a Ernesto, su hermano del corazón, y su maestro en tantas cosas de la vida. Sentía miedo. Lidia recibía el impacto, y cierta magrez le había zanjado las ojeras. Sin embargo, callaba sus desvelos para no echar más leña al fuego en que se consumía Osiris.

Pero las cosas suceden cuando tienen que suceder. Era inevitable. Sin duda Osiris, sin querer aceptarlo, reconocía en lo más profundo de sí mismo que no eran del todo disparatadas las suposiciones de Ernesto. El no era un impostor, no mentía nunca, jamás trataba de herirlo o molestarlo. Era una autoridad en la materia: egiptología. En consecuencia, la preocupación de Ernesto debía ser auténtica.

Aquel funesto día Osiris no encontró en su hijo tanta belleza. Tal vez se convenció de que la iba perdiendo hora tras hora o la había perdido ya del todo; contrariamente a Lidia, ciega de amor por el vástago. Pero esto es sólo una especulación más o menos razonable. Lo cierto es que en ausencia de Lidia, que había salido por compras, la casa ardió en un vómito de llamas que fue imposible apagar luego que Pedrito lloró por primera vez. Porque el llanto del niño, según algunos vecinos, no fue precisamente el llanto de todos los niños. Fue, para decirlo con más propiedad, un estremecedor y, a la vez, tierno mugido.



Julio Imbert nació en Rosario. Reside en Bs. As. desde 1966.

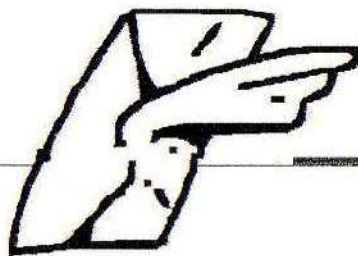
Extraído del diario "La Capital", 1984.

Obras: "El camino" y "La sal del hombre", entre otras.

Ahira.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

Viajeros de la Underwood

Mensajes



● Recibimos en el 7° Festival de Poesía: “*Obra siguiente*”, de Eduardo D’Anna; “*Danza curva*”, de Ricardo Miguel Costa; “*Singladuras*”, de Daniel Calabrese; “*Poemas de otros*”, de Chiro; “*De los venenos*”, de Alejandro Acosta; “*That’s amore*”, de Rodolfo Edwards; “*Sombrero de perro*”, de Julio Llinás; “*Las preguntas*”, de Liliana Lukin. También ligamos el 5° N° doble de la revista “*Maldoror*”, y las revistas “*Quesquesé*” N° 4 y “*La novia de Tyson*” N° 2. Ah! Y dos antologías de escritores de La Pampa, tierra que se las trae.

● Aparte nos llegaron: “*El pez por la boca come*”, cuentos de Walter Koza; “*La ley de la memoria*”, de Jorge Barquero (novela), y los libros de poesía: “*Cantos olvidados*”, de Alberto Lagunas; “*Religión de misterios*” de Juan Meneguín (premio “Fray Mocho’97”), “*Volumen 4*”, de Darío Homs; y “*El sol rojo*”, de Ernesto F. Costa Perazzo. Angel Mosquito

nos mandó “*Más allá de los suburbios de Morón*” (revista de comics); Y por distintas vías aterrizaron en nuestras manos “*Los amigos de lo ajeno*” N° 4, “*Cuenta conmigo*” N° 2, y “*El Mogolejito*” N° 10.

● El cartero nos trajo: “*Atlético para discernir funciones*”, poemas de Sebastián Bianchi; y “*Notaciones*”, poemas de Horacio F. Herrera. ¡Gracias, amigos!

● Desde el 15 de marzo hasta el 6 de abril, **Viajeros de la Underwood** participó (ella solita) de la *Exposición de Revistas Independientes*, que se realizó en la Biblioteca Nacional (Bs. As.). Por ello agradecemos a la gente de Extensión Cultural.

● Y un apartado especial para todos aquellos que participaron en nuestro Primer Concurso Internacional de Narrativa. ¡Felicitaciones a TODOS! ...en el 2001 se viene el segundo.



**“Una langosta en
la casa invisible”**

de Marcelo Juan Valenti

**Primer título de las ediciones
Viajeros de la Underwood.**

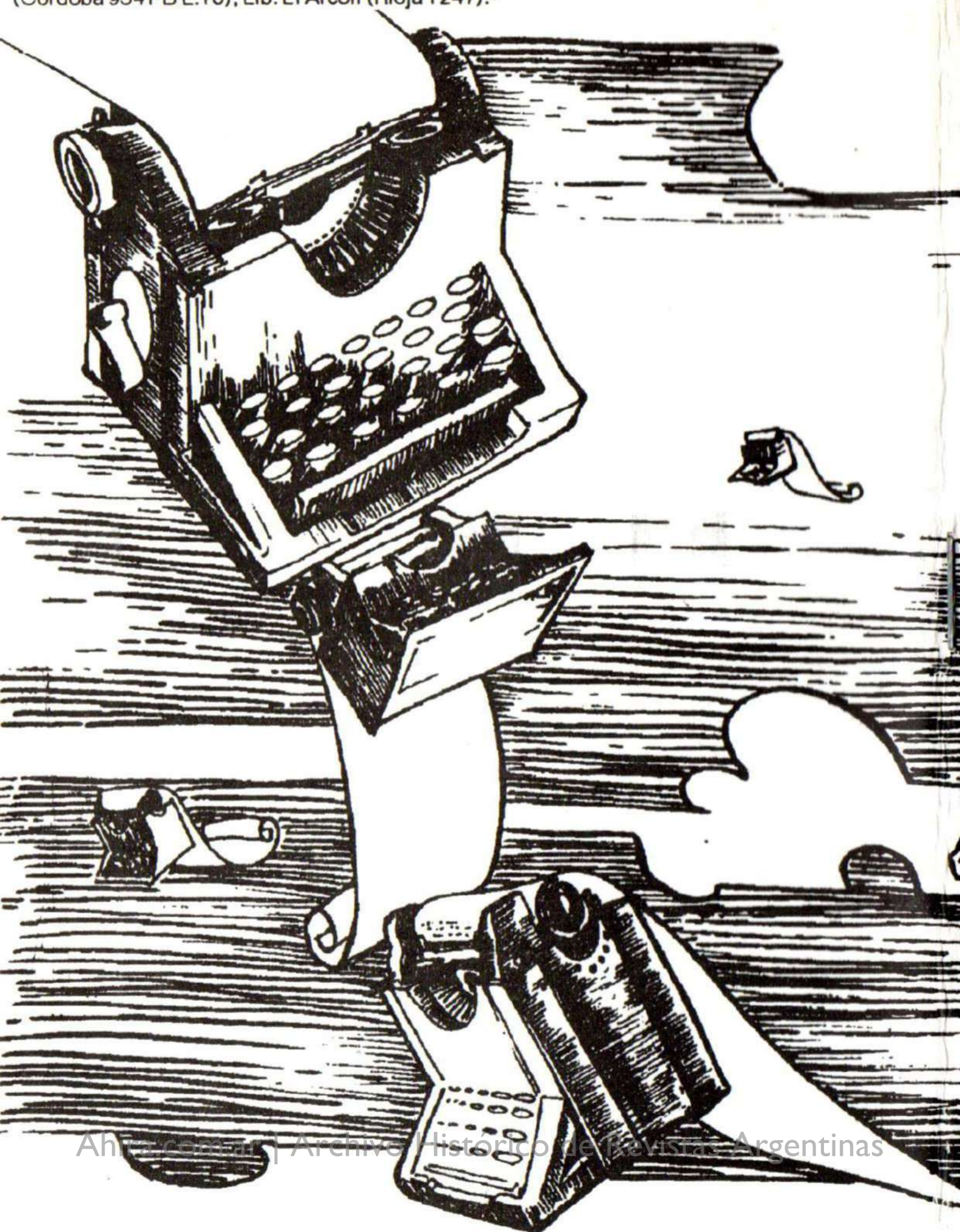
**Podés conseguir este
fantástico libro de cuentos
en Librería del Puerto.**

**Viajeros de la
Underwood**

EDICIONES



Los Viajeros hacen parada en: Lib. del Puerto (Sgto. Cabral 74), Librería Logos (Entre Ríos 789), Cruciverba Libros (Ríoja 2110), Puro Comic (S.Martin 843 L.17), Peccata Minuta (Córdoba 954 PB L.10), Lib. El Arcón (Ríoja 1247).-



Ahíra.com.ar | Archivo Histórico de Revistas Argentinas

Ilustración: Javier Hernández

Los Viajeros hacen parada en: Lib. del Puerto (Sgto. Cabral 74), Librería Logos (Entre Ríos 789), Cruciverba Libros (Ríoja 2110), Puro Comic (S.Martin 843 L.17), Peccata Minuta (Córdoba 954 PB L.10), Lib. El Arcón (Ríoja 1247).

Publicación
algomestral
de narrativa
y poesía

Viajeros de la **UnderWood**

Revista de
narrativa y poesía

Año 3/ N° 11

Marzo
2000

Rosario

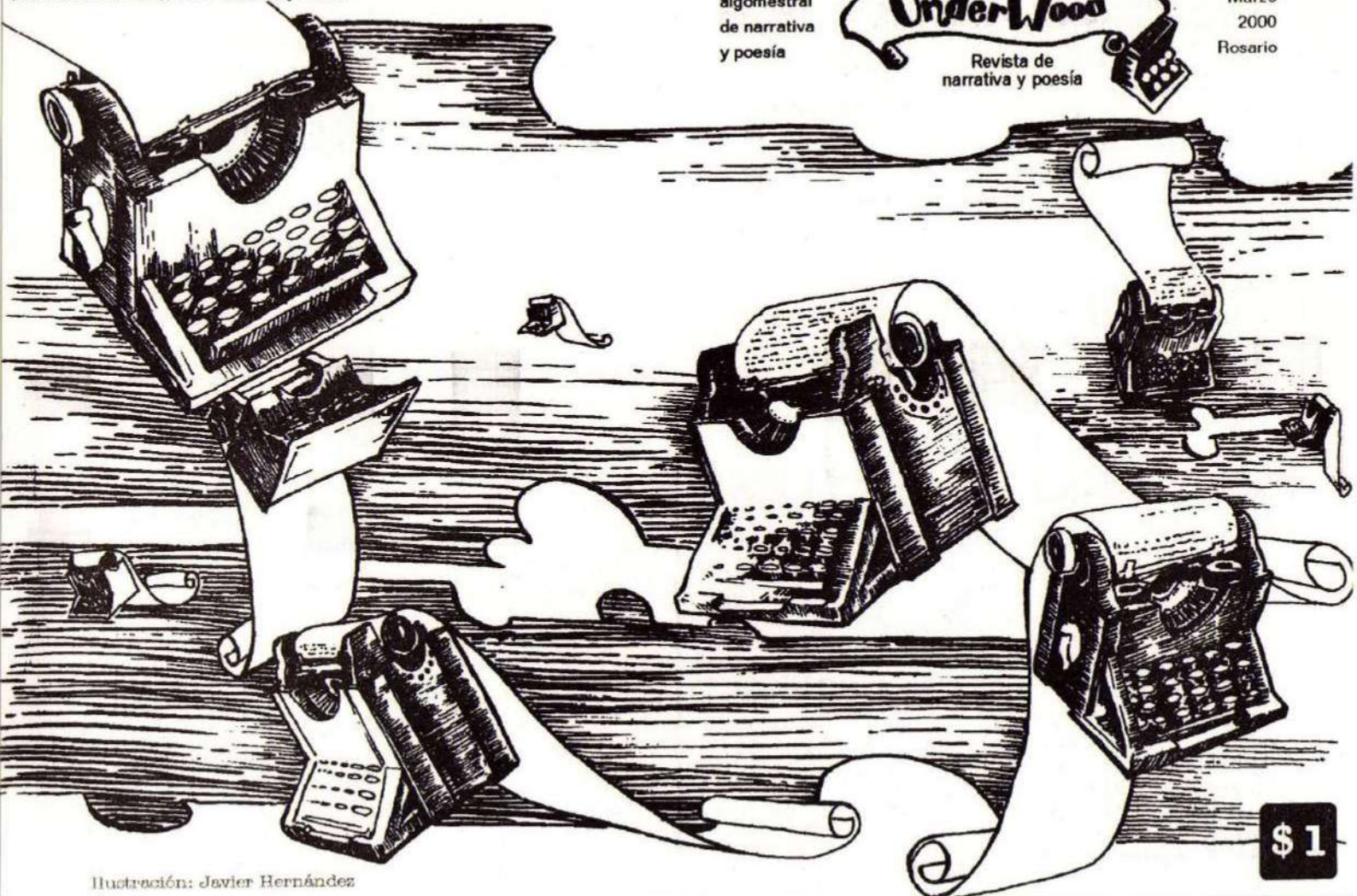


Ilustración: Javier Hernández